

Reseña de/Book Review of: Padrón Reyes, Lilyam, «*Para que estén a punto con sus armas para lo que se ofreciere*». *Indios en la defensa del suroriente cubano, siglos XVI-XVIII*, Santa Marta (Colombia), Editorial Universidad del Magdalena, 2021, ISBN 978-958-746-379-8, 252 pp.

*Adela M. Salas*

Universidad del Salvador, Argentina/[adelamsalas@hotmail.com](mailto:adelamsalas@hotmail.com)

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-7434-7547>

---

A partir del siglo XVI, la isla de Cuba, particularmente La Habana, se convirtió en el punto neurálgico tanto en lo económico como militar y comunicacional de la América hispana. Por ello, la Corona fue concretando una serie de medidas defensivas, tanto pasivas como activas, para frenar las amenazas extranjeras. En este contexto general, el libro de Lilyam Padrón Reyes aporta datos inéditos para conocer más sobre el enclave caribeño.

La protección de la isla hizo necesaria la incorporación a las milicias tanto de indios como negros. La erección de pueblos de indios en lugares aledaños a las dos urbes, La Habana y Santiago de Cuba, favoreció a los aborígenes sobre los negros, que sumaron derechos y protección por parte de las autoridades. Padrón Reyes, recorrió archivos de España y Cuba en forma exhaustiva para elaborar este libro, parte de su tesis doctoral.

La obra se basa en los nuevos enfoques de historia atlántica y la historia social para lograr una historia «total» en la que los indios están en el centro de la defensa del suroriente cubano entre los siglos XVI al XVIII. Se divide en cuatro capítulos y suma cuatro anexos.

En el capítulo I, la autora describe la necesidad de la defensa de la isla y la utilización de los habitantes de pueblos de indios: Guanabacoa y San Luis de Los Caneyes para la defensa del espacio colonial cubano ante las incursiones de corsarios y piratas.

A partir de las Leyes Nuevas se les aseguraron a los indígenas derechos y se organizaron pueblos de indios. Las dos principales fueron Guanabacoa, cerca de La Habana, y San Luis de Los Caneyes, al lado de Santiago de Cuba. Padrón Reyes repasó, en detalle, la formación de cada uno de estos pueblos y la construcción de la primera fortaleza en La Habana para proteger la entrada al puerto.

La formación de Guanabacoa respondió a necesidades económicas y estratégicas para asegurar el abastecimiento de productos y la disponibilidad de hombres para defender a la villa de los ataques corsarios y piratas. Ya en julio de 1555 cuando La Habana fue atacada por el pirata francés Jacques de Sores, españoles, esclavos negros e indios tuvieron su bautismo de fuego. A partir de la segunda mitad del siglo XVI se afianzó la condición de vasallo de la Corona de sus pobladores y, hacia 1582, se formó una compañía de 50 indios de Guanabacoa dirigidos por su capitán, también indio, Diego de Martín. Así, los aborígenes, en condición de «milicianos», empezaron a formar parte de la sociedad colonial y defendieron la soberanía de España en la isla. A medida que avanzó el tiempo, los indios —ya con nombres españoles— se fueron adaptando a convivir en la sociedad colonial. Los caneyes, por su parte, en la segunda mitad del siglo XVI, se establecieron a las afueras de la ciudad de Santiago de Cuba. Se convirtieron en «vigías y centinelas» de las costas y participaron activamente en la defensa de la villa frente a los ataques externos.

En el capítulo II, expone la integración de los indios y otras minorías en las tareas de defensa y otras prestaciones como limpiar la campaña del Morro, vigilar los caminos peligrosos que iban del mar a la ciudad, realizar servicios de mensajería y cuidar las costas. Interesa destacar que coteja sus investigaciones documentales con las arqueológicas realizadas en la fortaleza de La Estrella en las que se encontraron piezas de cerámica aborígenes, llamadas «vasijas de transculturación», que presentan elementos indios y técnicas y formas de vasijas españolas.

Asimismo, Padrón Reyes realiza un muy interesante análisis identificando tres mecanismos de resistencia a la incorporación al mundo hispano-criollo en la práctica cotidiana de los indios. La primera de carácter activo, la segunda, pasivo y la tercera combina ambas acciones y girará al papel del «otro». Así, en estas páginas profundiza las dinámicas de asimilación cultural, resistencia y negociación en el contexto antillano.

En el apartado III, se detiene en la composición y formación de las milicias de indios en el oriente de Cuba en el siglo XVIII. La necesidad de defensa del territorio de la isla hizo necesario el reclutamiento de blancos, mestizos, indios, negros y mulatos para que sirvieran como fuerzas voluntarias que debían ejercer como refuerzo de las tropas regulares de allí el título del libro «a punto con sus armas para lo que se ofreciere». A partir del reglamento para las milicias de infantería y caballería de la isla de Cuba, fechado en 1769, se comenzó a realizar un entrenamiento regular para lograr un sentido corporativo y compartir la defensa con las fuerzas veteranas. Las milicias

representaron una forma de servir al rey y al mismo tiempo una posibilidad de reconocimiento social que facilitó su relación con la oligarquía local.

Los caneyes participaron en la compañía que lleva su nombre desde su establecimiento como pueblo, luego se fueron estableciendo cupos obligatorios de la décima parte de la población masculina en edad militar. Fueron reconocidos por el valor desplegado en las acciones marítimas y terrestres y considerados hábiles y prácticos. La autora reconstruye minuciosamente el linaje de la familia Ramos Ferrer-Betancourt en la carrera de armas frente a la compañía de los caneyes, siempre cotejando distintas fuentes y listas nominativas.

Los indígenas que componían la Compañía de San Pablo de Jiguaní estaban agrupados en los barrios Santa Ana y San Juan Evangelista en las afueras de la villa de Bayamo, a fines del siglo XVII sumaban 261 y solicitaron amparo para la posesión de terrenos entre los ríos Cautillo y Contramaeste. Miguel Rodríguez, indio natural en posesión de los terrenos de Jiguaní Arriba, hizo donación para la fundación de un pueblo y con el apoyo de la Iglesia en la figura del obispo Compostela se decidió ocupar una zona considerada como estratégica y peligrosa. Así, hacia 1701 se conformó el pueblo de indios y Rodríguez organizó el primer cuerpo, que llegó a tener 370 hombres. Esta compañía de naturales tuvo un papel central frente al intento de invasión británica a Santiago de Cuba (1739-1748) en la que participaron 1050 efectivos y que fue apoyada económicamente por los hacendados del lugar y financiada con la acuñación de moneda de cobre con una ceca instalada en el centro de la ciudad en las bóvedas del castillo de San Francisco.

Cabe destacar el trabajo detallista realizado por Padrón Reyes para reconstruir el conflicto, señalando el conocimiento de la Corona británica de lo que pasaba en la isla y lanzando una propaganda dirigida a negros, mulatos e indios para que se sumaran a sus intereses. No obstante, el asedio duró más de cinco meses sin lograr tomar el puerto de La Habana, tras los cuales la empresa fracasó gracias a la valentía y actuación de la infantería y las milicias, sobresaliendo la actuación de los pueblos de indios de Los Caneyes y Jiguaní —ampliamente documentado— que garantizaron la conservación del poder de España en América frente a intereses foráneos.

Como premio el gobernador Cajigal de la Vega recibió nombramientos y reconocimientos y la ciudad será ratificada como «Muy Noble y Muy Leal» con obtención de beneficios económicos y supresión de impuestos. Los habitantes de los pueblos de indios convertirán en un oficio la participación en las milicias.

Cuando en 1747 se proyectó tomar Jamaica desde Cuba, las fuerzas de Los Caneyes y Jiguaní fueron emplazadas, aunque solo se les darían armas en el territorio a conquistar. Los ingleses tomaron la iniciativa y atacaron Santiago. Finalmente, en abril de 1748, se firmaron los acuerdos de paz entre las Coronas de Gran Bretaña y España

Siguiendo las pautas de reconstrucción de familias, basándose en fuentes proto-estadísticas: libros parroquiales y el padrón de 1778, la autora se detiene en los Almenares, una familia de Los Caneyes que se distinguió por formar parte de las milicias y el gobierno local. Con esta labor logra visualizar el ascenso social y la integración de esta familia en la sociedad colonial y la relación entre la defensa y el poder del gobierno isleño.

En el último capítulo, se profundiza en el reglamento de milicias de 1767 y el «nuevo orden militar». Entre las reformas borbónicas, este reglamento logrará incluir a los indios, negros y mulatos en las milicias. Los privilegios del entrenamiento regular y el orgullo corporativo de compartir el peso de la guerra con tropas regulares les dio la posibilidad de movilidad social. Se modificó el requisito de estatura mínima requerida para lograr más voluntarios y se dio prioridad a los solteros y, con la necesidad de reordenar, dieron de baja a muchos indios sobre todo los de avanzada edad y limitados físicamente. Los voluntarios fueron clasificados según su capacidad intelectual generalmente declarados «de regular o baja capacidad». Además, los batallones empezaron a utilizar el mismo uniforme de blancos y pardos. A partir de esta reglamentación cubana se fueron haciendo reglamentos específicos para otras regiones de Hispanoamérica.

Para concluir, la autora invita a reflexionar sobre el indio miliciano, su calidad social y su reconocimiento equiparable al del blanco, al menos formalmente. Ilustra y completa su escrito con mapas de época, cuadros y tablas elaboradas sobre documentos, destacándose la tabla 9 sobre las etnias de los pueblos Jiguaní y Los Caneyes de 1775-1778 basada en fuentes del Archivo Nacional de Cuba en que el 92,69 % eran indios, y la tabla 10 basada en un informe a la Corona del año 1779 —hallado en el Archivo General de Indias— en el que se omite la categoría indios y todos fueron declarados blancos. La comparación de ambas demuestra la equiparación de los indios a los demás habitantes de la isla.

En definitiva, con pluma ágil, con sólida documentación y exhaustivo análisis de las fuentes, la obra en cuestión viene a dar por tierra la teoría del exterminio indígena en la isla en el siglo XVI, y demuestra su pervivencia y su integración al mundo colonial.